

Cultura Universal y Cultura Española en José Martí

Mercedes Serna Arnaiz

José Martí conoció profusamente la situación cultural de lo que él denominó «Nuestra América» (1), es decir, de la sociedad latinoamericana. Sus artículos periodísticos y trabajos muestran ese interés concienzudo y profundo por las civilizaciones de la América Latina, Cuba, obviamente, México, Guatemala, Venezuela, Santo Domingo, Colombia, Argentina, Costa Rica, Uruguay, Puerto Rico, Paraguay, Nicaragua, Honduras, América Central. Todos ellos se reescriben a través de la pluma de Martí describiendo sus costumbres, la situación literaria que atraviesan, los poetas del día, los pintores y cuadros prestigiosos, las veladas artísticas del momento, así como los tratados políticos, cuestiones agrícolas o educacionales e innumerables eventos.

Pero la sapiencia martiana no queda ahí. Estados Unidos también es estudiado profundamente por el revolucionario y poeta cubano, el cual describe en sus múltiples correspondencias sobre los Estados Unidos, un aspecto concreto o un momento característico de la vida estadounidense.

Y no sólo América es descubierta y analizada por José Martí. La erudición y omniscencia martiana se trasluce, asimismo, en el estudio copioso que delatan sus «Escenas Europeas», España, Francia, Italia y otros países europeos son examinados cuidadosamente, destacando la situación política de todos ellos y, especialmente, de España.

La extensa y prolífica cultura de José Martí sobre la vida artística en Latinoamérica, los Estados Unidos y Europa se ve remarcada y realzada en sus estudios de Crítica y Arte europeos. En ellos Martí no sólo aparece como periodista que analiza, documenta y expone objetivamente la situación cultural de un país determinado sino que, tratando la vena artística de España, Francia, Hungría, Inglaterra o Rusia, enjuicia y critica agudamente.

De Francia analizó las obras de los novelistas modernos, Flaubert, el teatro de los «vaudevilles», la poesía de Sully, el parnasianismo, así como los escritores clásicos, Dumas, Corneille, Racine, no olvidando el amor devoto de Martí por el escritor Víctor Hugo. La escultura y la pintura, destacando los acuarelistas franceses, es mencionada por el Martí crítico. Byron, Oscar Wilde, Darwin, y Georges Herbert, entre otros, se dan cita en los trabajos de José Martí sobre el arte y las letras inglesas.

José Martí estudió el arte español, si no más profundamente, sí sintiéndolo como una realidad diferente y un tanto recelosa. Martí cubano, con raíces, por descendencia, españolas; Martí conocedor activo, ya desde su adolescencia, del ambiente de la Península; el Martí que descubría en cada hoyo de su patria la huella y el peso de la tradición española no pudo ni podía tratar con el mismo desenfado y holgura con que había ahondado en muchas civilizaciones europeas y americanas, la cultura española. Y si al analizar la actitud martiana frente a la política española o frente a lo español de pertenencia rozamos la dualidad conflictiva, el sentimiento amor-batalla, el baile entre dos aguas, la devoción hispánica y la hispanofobia, ahora, a través del estudio exhaustivo que desarrolla sobre la cultura y el arte español, José Martí, como crítico de arte y a través de éste, deja bien definidas sus raíces hispánicas, en el caso de la lengua sus influencias, recibidas de los clásicos españoles de los cuales se empapó, así como sus juicios de crítica y, a veces, desprecio, en su mayoría referentes a los escritores y poetas españoles del siglo diecinueve. En sus escritos de «Crítica y Arte» en España, la pintura y la literatura ocupan y llenan la casi totalidad de las páginas martianas. Una visión general de la poesía española contemporánea enjuiciando lo que, a su entender, es la poesía de España, el profundo estudio sobre el literato y dramaturgo José Echegaray, el teatro del XIX español, el recuerdo del Centenario de Calderón y las agudas observaciones sobre la pintura que amó y sintió incondicionalmente, dan suma cuenta de la conocencia e interés de lo cultural español en Martí así como de las huellas de diferentes escritores españoles que «post mortem» resucitaron, también, a través del poeta cubano.

Como periodista, literato y crítico, propagó la cultura. Y es que entendía tal actitud como un deber y como misión. Ni el talento, por ser cualidad innata y venir dado, ni la cultura deben emplearse en beneficio propio sino para servir al mundo porque sólo «se es dueño exclusivo de aquello que se crea, tal como expresó en su artículo “La campaña electoral en los Estados Unidos”:

La cultura, por lo que el talento brilla, tampoco es nuestra por entero, ni podemos disponer de ella para nuestro bien, sino es principalmente de nuestra patria, que nos la dió, y de la humanidad, a quien heredamos.

Martí reconoce y entiende, a través de éstas, sus palabras, la necesidad de la cultura, no sólo del pueblo nativo sino también de otros pueblos, de la humanidad. Martí aboga por la expansión cultural y la interrelación entre culturas diferentes. El conocimiento y, por tanto, la apertura al estudio del pensamiento de otras civilizaciones es tarea imprescindible, tal como entendió Martí, para la creación de la propia cultura. Por contra, el patriotismo fanático y exacerbado que llevara a una actitud de encerramiento y apego cultural de lo propio, en exclusivo, y, por tanto, la caída en la aldeanidad, daría con una cultura deficiente, arcaica, retrógrada y con la imposibilidad de crear un mundo nuevo. José Martí es consciente de la necesidad que tienen los pueblos latinoamericanos de adentrarse en el conocimiento de la cultura occidental, en el pensamiento europeo. José Martí, y tal como expresaría más tarde E. Rodó, es consciente de la situación precaria industrial, económica y, por tanto, cultural de lo que él denominó «Nuestra América». Y un pueblo que quiera cultivarse y progresar no sólo debe arrimarse y «contaminarse» de los adelantos científicos y técnicos de las civilizaciones superiores sino también de las

herramientas culturales que se funden, se moldean y forjan en ellas, es decir, de la industria y la cultura, de la ciencia y la humanidad.

Martí ya había aunado en su pensamiento la interdependencia ciencia-cultura, industria y poesía, enjuiciando que la poesía en un pueblo industrialmente precario tenía pocas posibilidades, si no de vida, sí de distinción.

Por lo que respecta a la universalidad cultural, no se desprecupó del resto del mundo sino que declaró la necesidad de la expansión hacia pueblos ilustrados. Cubanismo universal martiano, americanismo por amor patrio y expansión por necesidad y por amor a la humanidad (2):

Nosotros tenemos la necesidad de la expansión. El mundo entero nos interesa. De Francia la luz, y de España y de Inglaterra y de los Estados Unidos. En ningún país del mundo se encuentran relativamente tantos hombres generalmente ilustrados.

José Martí participa de la necesidad cultural de los pueblos latinoamericanos. Es a través de este aprendizaje del cultivo europeo como la América Latina podrá comenzar su camino alzándose de la inferioridad existente, y sin olvidar, por ello, el tronco al que pertenecen y que les da la identidad, la esencia. Como indica más tarde Juan Marinello, en su estudio sobre la literatura hispanoamericana (3), «el más grave peligro del americanismo literario está en el impulso equivocado de dar la espalda a la cultura europea, estimando la causa de nuestra prolongada subordinación». Y refiriéndose concretamente a José Martí, Marinello explica que tanto éste como Carlos Mariátegui sabían que «no hay salvación para Indoamérica sin la ciencia y el pensamiento europeo». Tanto José Martí, como posteriormente Ortega y Gasset, advertirían «que por mucho tiempo aún será la cultura occidental el protagonismo único de la historia». Si Martí dejó expresado claramente, en tanto aconsejaba y advertía a los pueblos latinoamericanos, la necesidad de ensanchar los límites de la propia cultura abriéndose al exterior, al mundo, a la cultura occidental, de otra parte hizo hincapié y avisó de los peligros que podía acarrear tal apertura en caso de no ser bien entendida.

Nuestro prócer cubano aconsejó *la lectura* a través de la cual se llega al conocimiento cultural de los pueblos, pero aclararía el servicio que debía tener: leer para aplicar pero no para copiar. José Martí, en sus innumerables juicios sobre la teoría y conceptos literarios, remarcaría incansablemente la necesidad de crear una propia literatura, original, y batallaría cualquier tipo de aplicación servil.

Con su actitud llevó a cabo un proceso de apertura y conocimiento de la vida, civilización y cultura de los pueblos más diversos y, especialmente, de Europa, conciliando lo propio y lo ajeno, lo autóctono y lo universal, en un diálogo que no admitía ni la idolatría ni el rechazo, ni la sobrevaloración ni la subordinación, ni imitación o servilismo. Su misión de acción y de vida quedaba bien definida tras estas palabras (4): «ser cultos para ser libres». No hay ninguna duda sobre la actitud de José Martí con respecto a la cultura de lo ajeno, del conocimiento universal. El mismo recorrió y se adentró en las culturas europeas, muchas veces tomando ejemplo y enriqueciéndose mediante ellas.

Sin embargo, al tratar las relaciones de José Martí con la cultura española, aún a sabiendas de la influencia que ejerció ésta sobre aquel, y del conocimiento profundo que

tuvo José Martí sobre la realidad española y cultural, surge una cierta actitud temerosa o de recelo.

La actitud de José Martí, en cuanto a la situación política española del siglo diecinueve, no está caracterizada por un sentimiento de hispanofobia. Martí, siguiendo sus palabras, ama al buen español, es decir, al español que cree en la libertad propia y ajena, y en la expresión propia de cada pueblo. José Martí, apóstol de los derechos humanos, no entendía de pueriles maniqueísmos según se perteneciera a una raza u otra. Tratándose de la cultura española, sabrá alabarla o criticarla bajo una actitud estética y ética, pero basándose en criterios justos. Así, vemos como se regocija con los pintores clásicos españoles, Goya y Velázquez, especialmente, con Murillo o el pintor catalán del siglo XIX español, Fortuny; ensalza y se deja llevar por las manifestaciones literarias del Siglo de Oro español, Calderón, incondicionalmente; y critica la pobreza que, en general acusa el siglo XIX español en cuanto a lo literario se trata. Sin embargo es ostensible el recelo con que trata a la literatura española del siglo XIX, actitud lógica dada la situación política que acusaba su subyugada patria. De esta forma, si José Martí usó de sus escritos periodísticos para avisar y declarar a su pueblo latinoamericano la necesidad de crear una cultura autóctona, nacional, y estuvo alerta ante los posibles escritores latinoamericanos que manejaron la pluma en función de las novedades europeas, dicha actitud se vería intensificada tratándose de la cultura española. La ideología martiana, como hemos comentado anteriormente, aúna el desarrollo político y el cultural: la independencia de aquel no puede separarse de la búsqueda de la propia cultura, y, no tan sólo son la política y la cultura elementos inseparables, sino que, esta última es factor esencial para la liberación política. A todo ello se une la realidad cultural cubana, que anterior a la independencia, estuvo absorbida por los elementos culturales de sus colonizadores, de España. La cultura española era un elemento y factor de opresión que podía llevar al genocidio cultural de Cuba. Todos estos motivos eran suficientes para que José Martí tratara la literatura y la cultura española más temerosamente y con mayor cautela que a las expresiones culturales de otros pueblos. No obstante, Martí reafirmaría, en muchas ocasiones, la belleza de las manifestaciones culturales de España. Actitud dual que dejará plasmada en sus artículos, al igual que al tratar la realidad política.

José Martí batallará contra la cultura española cuando ésta suponga la cerrazón hacia el conocimiento de otras expresiones europeas (5): «como si el mundo cerrase donde España cierra». La búsqueda de la expansión cultural llevará le llevará a la crítica de la implantación de lo español (6):

Vivimos, los que hablamos lengua castellana, llenos todos de Horacio y de Virgilio, y parece que las fronteras de nuestro espíritu son las de nuestro lenguaje. ¿Por qué nos han de ser fruta casi vedada las literaturas extranjeras (...)?

El conocimiento exclusivo de una literatura hace más posible la «tiranía literaria». Ceñirse a un sistema concreto de pensamiento, escuela filosófica o literaria, conlleva el peligro de rozar la alienación literaria, filosófica o política. Martí critica la cultura española si ésta supone la veda hacia el estudio de otras manifestaciones literarias. El Martí universalista se adentró en las civilizaciones y culturas de numerosos países, y no tan solo

Europeos. Adquirido este conocimiento, había que hacer un trabajo de síntesis y de elección que englobase lo heredado y lo nuevo, sin perder el fruto de lo propio. Como señala Juan Marinello (7), «remoldear un mundo con herramientas que le son extranjeras y prepararlo, a todo andar, para recibir fructuosamente la acción de esas herramientas». Martí tenía que «realizar un trabajo delicadísimo de selección, adaptación y refugio de lo heredado». Y, dada la sumisión cultural de Cuba con respecto a España, dicha tarea se hacía más agravante y necesaria. José Martí ejercerá una crítica contra la cultura española si ésta supone el «avasallamiento» o la entrega de una literatura ya anticuada (8):

Los pueblos de habla española nada, que no sea manjar rehervido, reciben de España; (...) Ya lo de Bécquer pasó como se deja de lado un retrato cuando se conoce el original precioso; y lo de Núñez de Arce va a pasar, porque la fe nueva alborea, y no ha de regir la duda trasnochada (...).

Es porque José Martí conoció profundamente la cultura universal por lo que pudo ejercer este estudio de selección y elección. José Martí profundizó en las manifestaciones literarias españolas manteniendo una visión crítica, y siempre comparada a las demás expresiones europeas, las cuales, en determinados casos, constituyeron la esencia o fueron la raíz a la que se agarraron algunos escritores españoles, como, según Martí, el romántico Bécquer. Martí no asumió cualquier manifestación cultural española. En algunos casos, y dado que el escritor cubano tenía una conciencia que buscaba la creación de lo propio, promovió el encuentro con lo genuino, la expresión de lo americano deshaciéndose, para ello, de imitaciones o influencias servilistas que algunos intelectuales de la América Latina habían tomado de España. Martí buscó la expresión de lo americano en una época cargada de amalgamas; época (9) «de tantas mezclas como la de ahora, donde los pueblos copian desmedidamente lo de otros», en vez de «ceñirse a sacar del estudio del ajeno, aquel conocimiento de la identificación del hombre». La creación de lo propio siempre debía imponerse y para ello había que rechazar el rebusco imitado (10):

La poesía se corta la melena zorrillesca y cuelga del árbol glorioso el chaleco colorado. La prosa, centelleante y cernida, va cargada de idea. Los gobernadores, en las repúblicas de indios, aprenden indio.

José Martí exaltó a los poetas, literatos o dramaturgos de lo que él denominó «Nuestra América»; escritores que buscaron la expresión nativa y criolla ayudando, por tanto, a la creación de la nación. De Joaquín Granados, el «maestro de Tampa», hizo gala Martí porque (11) «su prosa es de la nueva, que se nos levanta en Cuba, prosa de tronco y sillar, para cuando devolvamos a Madrid su prosa de callos y caracoles». Igualmente, José Martí animó a la joven generación literaria que surgía en América, que empezaba ya a desgajarse de la influencia de lo literario español, a tener sus propios juicios críticos y un criterio de selección (12):

Y es que en América está ya en flor la gente nueva, que pide paso a la prosa y condición al verso, y quiere trabajo y realidad en la política y en

la literatura. Lo hinchado cansó, y la política hueca y rudimentaria, y aquella falsa lozanía de las letras que recuerda los perros aventados del loco de Cervantes. Es como una familia en América esta generación literaria, que principió por el rebusco imitado, y está ya en la elegancia suelta y concisa, y en la expresión artística y sincera, breve y tallada, del sentimiento personal y del juicio criollo y directo.

Comenta Juan Marinello que José Martí «ama y batalla contra España». Actitud que cuajará en todas y cada una de las manifestaciones que de la Península provengan. Según Juan Marinello (13) «cuando lo español» es «la lucha contra todo y todos, queda Martí inmenso plenamente en lo español», y cuando lo español «es el mundo injusto, la tradición anquilosadora y la represión inhumana», entonces «Martí batalla contra España con el ardor que de ella le viene». Y así como en el aspecto político Martí defendió al español brioso y hermano de la libertad, y atacó al español tirano, colonizador, igualmente, y tratándose de las manifestaciones culturales de la Península, el Martí crítico, el Martí de raigambre española, no dudó en expresar sus sentimientos de desprecio o elogio.

José Martí se enfrentó a la cultura española cuando ésta significaba la opresión o la veda del conocimiento de otras expresiones universales. Batalló contra las manifestaciones artísticas españolas cuando no fueron, a su entender, mas que «manjar rehervido», imitaciones de lo europeo o expresiones estéticas anquilosadoras y desvalidas, sin peso ni calidad. A través de sus escritos periodísticos, avisó a la América Latina del peligro que representaba la cultura española si no se iba hacia ella con un sentido crítico y universal, dadas las imitaciones que hasta el momento habían hecho de la cultura cubana un reflejo de lo intrínsecamente español. De otra parte, José Martí, y porque fue «española su alma enfrebrecida», admiró y elogió la tradición española, no ocultando su calidad, ni escondiendo su superioridad frente a las nacientes manifestaciones literarias de la América Latina. Así, defendiendo al escritor hispanoamericano Eloy Escobar, el cual fue tachado de imitador de Fray Luis de León, Martí explicó la finalidad que pretendía el acusado escritor, haciendo, al mismo tiempo, elogio de los «Príncipes del parnaso español» (14):

(...) tienen a Eloy Escobar por mero imitador, cuando lo que quería él, enamorado de la poesía nueva de América como de la gracia libre antigua era promover una feliz y concertada unión entre la literatura erudita española y la nuestra, tan desmayada de aquel vigor olímpico, y escasa también de los giros de una sintaxis más flexible y fuerte, y de tantos nobles vocablos que ya damos por seniles inconsultamente, y modos y frases adverbiales, y partículas que, como blanco aljófár, esmaltan la elocución poética de los príncipes del parnaso español, y tantas bellezas, en fin, y figuras y galas retóricas preciosas (...).

José Martí se sirve, en muchas ocasiones, de la literatura española como ejemplo y modelo frente a la creación latinoamericana. En muchos de sus artículos sobre la literatura americana potenció y ensalzó a los nuevos escritores latinoamericanos que, en su opinión, ya podían compararse con los poetas, dramaturgos o novelistas de la España literaria. De ello es ejemplo un artículo martiano sobre la poesía dramática americana.

En él, José Martí engalonó a Garcí de Quevedo por el éxito ferviente que tuvo entre los dramaturgos y espectadores madrileños, o a Ventura de la Vega que infundió con su talento al «renacimiento teatro español»; a Calderón el mexicano, Gorostiza, Milanés, Heredia, Pindaro o a Peón Contreras que (15) «vierte dramas como Zorrilla, y Grilo perlas», que escribe como «Echegaray» y que es «nuestro Lope de Vega americano».

Pocos escritores como Martí profundizaron con tanto ahínco en la cultura española y se dejan herir con tanta vehemencia por el arte de nuestros clásicos. Martí estudió fervientemente a los pintores españoles, trató con los políticos del momento y se impregnó de las formas de pensamiento que imperaban en la España del siglo XIX, el krausismo; estrechó la mano a los republicanos y trabajó con ellos (Pi y Margall, por ejemplo); visitó las bibliotecas, centros de cultura, el Ateneo, y contactó con intelectuales, escritores, dramaturgos y actores, tales como Calvo, Vico, Teodora Lamadrid, etc., asistiendo a sus representaciones y enjuiciando sus dotes artísticas. José Martí fue un miembro más de la intelectualidad española que se acercó a la Cervecería Inglesa, al Café de los Artistas, al teatro Real, etc., y ya viviendo en España, ya desde los Estados Unidos, siguió paso a paso el desarrollo cultural de España, siendo un propagador del arte y la cultura clásica y contemporánea. No ocultó sus preferencias por los pintores, místicos, estoicos y escritores clásicos ni por la tradición popular, el romancero y la poesía popular. Frente al arte literario español del siglo XIX, Martí se mostró más escéptico, anotando y observando la pobreza de la realidad cultural española. José Martí entendió la deficiencia de la literatura del siglo XIX basándose en el retraso social y económico que sufría el país.

El subdesarrollo industrial español del siglo XIX, la España agraria, no industrial, sus estructuras arcaicas y su retraso social afectaban directamente a la cultura y literatura española decimonónica, pobre y repetitiva. Era, también, por la realidad económica e industrial española por lo que, según Juan Marinello, José Martí advirtió a los escritores latinoamericanos, aconsejándoles no adentrarse en los moldes de la literatura del XIX español (16):

Por el terco retraso de la cultura y la lírica españolas es por lo que Martí (los testimonios son numerosos) al propio tiempo que advierte sobre la inconveniencia de mirar hacia París, defiende a los líricos de su América de caer bajo el imperio de los poetas madrileños.

José Martí bebió en las fuentes de la tradición cultural española. Su conocimiento arranca ya desde la época de los juglares (recuerda sus expresiones y fórmulas), el Romancero y la poesía popular. Estudió a los místicos españoles y se detuvo, con detenimiento, en los clásicos del Siglo de Oro e, incondicionalmente, en el «nunca muerto» Calderón. En cuanto al siglo XIX, dejó plasmado en sus escritos, la profunda cognición que tuvo del folklore español y, especialmente, de los escritores decimonónicos; Galdós, Echegaray, Pereda, Pardo Bazán, Espronceda, Zorrilla y un sin fin de nombres reconocidos, pululan entre sus obras, bajo un punto de vista crítico literario y tratados de forma diferente que al recordar la tradición española. De igual modo destacó Martí su admiración por ciertos artistas españoles, Luján, Vico, Elisa Boldún, entre otros, y dedicó numerables artículos a la pintura española, especialmente a los clásicos pintores, a través de los cuales Martí sintió la Belleza, deleitó su corazón y gozó de la contemplación.

- (1) Es imprescindible al tratar la personalidad de José Martí, destacar y remarcar la trascendencia y misión de éste frente a la América Latina, recordándosele hoy como «padre» de los pueblos latinoamericanos.
- (2) José Martí: «Fragmentos», ob. cit., t. XXII, p. 54. Cabe recordar el conocimiento y la devoción de José Martí por la Ilustración Francesa. El Siglo de las Luces. De ahí que él mismo afirme su interés por «La luz» de Francia.
- (3) Juan Marinello: *Literatura Hispanoamericana. Hombres. Meditaciones*. México, 1937, p. 41.
- (4) Amadou-Mahtar M'bow: *Ibid*, p. 10.
- (5) José Martí: «Fragmentos», ob. cit., t. XXII, p. 54.
- (6) José Martí: «Oscar Wilde», ob. cit., t. XV, p. 361.
- (7) Juan Marinello: ob. cit., p. 42.
- (8) José Martí: ob. cit., t. V, p. 189 y 190.
- (9) José Martí: ob. cit., t. V, p. 189.
- (10) José Martí: ob. cit., t. VI.
- (11) José Martí: del 10 de abril de 1982, ob. cit., t. V.
- (12) José Martí: «Julián del Casal», del 31 de octubre de 1893, ob. cit., t. V.

- (13) J. Marinello: ob. cit., p. 17.
- (14) José Martí: «Eloy Escobar», ob. cit., t. VIII, p. 201 y 202.
- (15) José Martí: ob. cit., t. VII, p. 176.
- (16) Juan Marinello: *Once ensayos martianos*, La Habana, 1965, p. 164.